

CAPÍTULO XXI

RESCATE DE RODRIGO.—PASIÓN DE MIGUEL.—PREDICACIÓN,
TRAICIÓN DE JUDAS.—PRENDIMIENTO

A primeros de 1577 llegaron á Argel Fray Jorge del Olivar, Fray Jerónimo Antich, y Fray Jorge de Ongay, resueltos á hacer una redención de la cual quedase memoria y que fuese envidiada por los trinitarios. Pronto se avistó con los buenos padres Miguel y por ellos tuvo noticias de su casa.

Contóle Fray Jorge del Olivar haber visto á Doña Leonor y á Doña Andrea con tocas de viudas, de que mucho le pesó á Miguel, no solo por el natural dolor de ver muertos á su padre y á su cuñado Ovando, sino por saber con certidumbre que su familia seguía, como antes, necesitada. Confirmóle en esta creencia lo escaso de la cantidad que á Fray Jorge entregaron para hacer el rescate las atribuladas mujeres. Desde lejos seguían á Miguel en su pasión su madre, con el manto caído sobre el triste rostro y aquellas tres mujeres bellas y llorosas Doña Andrea, Doña Magdalena y Doña Constanza, cuyos semblantes se imaginaba él de luto como sus ropas.

Pero no era el alma de Miguel la que había de abatirse al pensar en aquellas lejanas pesadumbres. Quiso tratar su rescate muy luego con su amo: mas Dalí Mamí no se hallaba en Argel y Cervantes sabía muy bien que á sus oídos habían llegado ya las conversaciones de su esclavo Miguel con el supuesto confesor de la reina, ó con los nobles y conocidos caballeros ya mencionados, y también la estima y predicamento en que ellos le tenían, por lo cual no era fácil que se contentara con la exigua cantidad

que los mercenarios podían ofrecerle. Tocaba ya Miguel la libertad, tenía al alcance de su mano y de nuevo se le escapaba. Resuelto, sin embargo, aprovechó los dineros en rescatar á su hermano Rodrigo, como lo hizo en los primeros días del verano.

Sabían los frailes de la Merced que en breve había de llegar de Constantinopla el nuevo rey de Argel, Azán-bajá, renegado veneciano, cuya crueldad y codicia, según fama, excedían á las de todos sus predecesores en el puesto. Diéronse, toda la prisa posible, temerosos de que, si llegaba Azán, subiese las tallas y rescates, al saber que entre los cautivos librados los había de tanta suposición como el caballero sanjuanista D. Sebastián Arist, el canónigo valenciano D. Miguel de Villanueva y D. Juan de Lanuza, hijo del Justicia mayor de Aragón.

Prontos estaban ya para volver á España con sus cautivos libertados cuando, sin perder tiempo, presentóse en Argel Azán-bajá con sus galeras, trayendo de capitán de la mar á Dalí Mamí, el renegado griego amo de Cervantes. El demonio sólo sabría lo que el nombramiento de Rey de Argel y el de Capitán de los bajeles pudieron costar al uno y al otro, puesto que no había memoria de que, en Constantinopla se hubiese hecho, desde luengos años antes, más diligencia para proveer tales cargos que la de venderlos al mejor postor. Así es menester hacerse cargo de que quienes llevaban los títulos de reyes y capitanes en Argel no lo eran ya por sus hazañas guerreras, como sucedía cuando aún los temidos barcos de Don Juan corrían los mares; podía ocurrir y acontecía que fuesen tan sólo, como Azán-bajá, unos negociantes, usureros y mercaderes para quienes reinar en Argel constituía negocio de corta dura y de bastante riesgo, que era preciso explotar sin perder tiempo ni malgastar compasión. Al empalar ó desorejar á un cautivo desmandado y al cometer sus famosas crueldades, no era Azán-bajá un capitán y un gobernante que creyese necesario aquel rigor, como el gran duque de Alba: era más bien un negrero á quien importaba tener á punto su mercancía: y después de cometer cualquier desmán se quedaba tan tranquilo y sereno como hoy se queda un propietario de minas pasada una explosión de grisú, ó un armador y due-

ño de transportes tras una peste á bordo de un buque de emigrantes.

Llegó Azán-bajá, vió malogrados los primeros frutos de su negocio, con los rescates hechos por los mercenarios y, como quizás contaba con sus productos para pagar los cohechos y sobornos á que debía su nombramiento ó las deudas para ello contraídas, montó en cólera, en una cólera de usurero criado en Venecia y por cuyas venas corría la sangre negra de Shylock. Pidió que le entregasen al canónigo Villanueva y al caballero Zamora para vengar en ellos ciertos insultos inferidos á unos moros. Procuraron los buenos mercenarios acallar sus exigencias dándole más dinero, cuando ya Azán había jurado que aquellos dos señores remarían en sus galeras y luego serían quemados vivos. Los prudentes frailes hicieron salir de Argel á ambos gentileshombres para ponerles en salvo, pero al enterarse de esto los otros cautivos que aguardaban su rescate, pensando que allí todos eran iguales y no habían de marcarse diferencias entre caballeros y villanos, amotináronse y amenazaron, como solían, con renegar para mover á piedad á los frailes y conseguir que estos gastasen hasta el último maravedí y empeñaran su palabra y el crédito de la Orden en hacer más y más rescates.

Entonces, vió Miguel y vieron todos un acto de caridad sublime y sin ejemplo. Un día presentóse á Azán-bajá el buen religioso fray Jorge del Olivar y se ofreció á quedár él cautivo y en rehenes por aquellos cristianos. Aceptó el trato Azán-bajá, seguro de que la poderosa Orden no había de dejar mucho tiempo en esclavitud á un comendador suyo, hombre de tan gran valía. Fray Jorge del Olivar fué, cargado de cadenas, al baño del rey. Entretanto, el 24 de Agosto, salió fray Jorge de Ongay para España con ciento doce cautivos libertados.

Iba entre ellos Rodrigo de Cervantes, quien llevaba orden de su hermano Miguel para fletar en Mallorca ó en Ibiza una fragata armada que recalase en aguas de Argel y donde pudieran huir los refugiados en la cueva. Llevaba además cartas de D. Antonio de Toledo y de D. Franciscò de Valencia para los virreyes de Valencia y de las islas Baleares, con el fin de que favoreciesen el

apresto del bajel. Con el barco que llevaba á Rodrigo iban las esperanzas mejores de su hermano.

Desde la playa mirando su blanca estela, cantaba por dentro Miguel.

A las orillas del mar,
que con su lengua y sus aguas,
ya manso, ya airado, lame
del perro Argel las murallas,
con los ojos del deseo,
están mirando á su patria
cuatro míseros cautivos
que del trabajo descansan,
y al son del ir y volver
de las olas en la playa,
con desmayados acentos,
esto lloran y esto cantan

¡Cuán cara eres de haber!

¡oh dulce España!

Tiene el cielo, conjurado
con nuestra suerte contraria,
nuestros cuerpos en cadenas
y en gran peligro las almas.
¡Oh, si abriesen ya los cielos
sus cerradas cataratas
y, en vez de agua, aquí lloviese
pez, resina, azufre y brasas!
¡Oh, si se abriese la tierra
y escondiese en sus entrañas
tanto Datán y Birón,
tanto brujo y tanta maga.....

Cuán cara eres de haber,

¡oh, dulce España!

Tal vez, algún día, desesperado intentaba huir solo ó con cualquier compañero de cadena á la suspirada Orán: y pintaba la malaventura del camino en estrofas admirables que no parecen de cosa contada, sino de cosa sufrida y que en boca de un cautivo pone en *El trato de Argel*:

Este largo camino
tanto pasar de breñas y montañas
y el bramido contino

de fieras alimañas
 me tienen de tal suerte
 que pienso de acabarle con la muerte.
 El pan se me ha mojado
 y roto entre jarales el vestido,
 los zapatos, rasgado
 el brío consumido
 de modo que no puedo
 en pie del otro pie pisar un dedo.
 Ya la hambre me aqueja
 y la sed insufrible me atormenta;
 ya la fuerza me deja
 y espero desta afrenta
 salir con entregarme
 á quien de nuevo quiera cautivarme.
 He ya perdido el tino;
 no sé cuál es de Orán la cierta vía;
 ni senda ni camino
 la triste suerte mía
 me ofrece, mas ¡ay, laso
 que, aunque le hallase, no hay mover el paso!

.....
 ¡Virgen bendita y bella,
 remediadora del linaje humano,
 sed vos aquí la estrella
 que en este mar insano
 mi pobre barca guíe
 y de tantos peligros la desvíe!
 Virgen de Monserrate
 que sus ásperas sierras hacéis cielo.
 enviadme rescate,
 sacadme deste duelo,
 pues es hazaña vuestra
 al mísero caído dar la diestra.....
 Entre estas matas quiero
 esconderme, porque es entrado el día.
 Aquí morir espero.
 Santísima María,
 en este trance amargo,
 el cuerpo y alma dejo á vuestro cargo.

A vueltas de estos ratos de flaqueza y descaecimiento, había otros en que Miguel se confortaba á sí mismo con su propia

energía, ó bien contemplando la paciencia del Dr. Antonio de Sosa, la alegre resignación del buen Dr. Becerra y el hermoso ejemplo cristiano de fray Jorge del Olivar.

Muy hondo labraron en el alma de Miguel estas contemplaciones. Cada vez sentía más fuertes anhelos de redentor. Comenzaba á estimar y comprender cuántas cosas hay en el mundo dignas de que por ellas se dé la vida. De estas cosas platicaba á diario con gentes humildes, con pobres esclavos, con humildes pescadores, con los barqueros del muelle y con los negros del barrio de la Alcazaba y con las mujerzuelas pecadoras de los estrechos suburbios. Sus palabras caían dulces en oídos hechos al restallar del látigo: los acentos de su fe vibraban amorosos en las almas de los renegados que la habían perdido. Y con ser un hombre que así hablaba, cual los apóstoles del Evangelio, era además chancero, gracioso, afable y humano.

Entre los renegados á quienes comunicó su plan de fuga había uno natural de Melilla, por mote el *Dorador*. De él solía servirse Miguel para aprovisionar á los encerrados en la cueva y comunicarles instrucciones. Vivíase de tal modo en Argel que era imposible aun para la sagacidad más penetrante conocer y distinguir en absoluto á los hombres buenos de los malos. El ambiente moral, como el material, era tan deletéreo que originaba y criaba las mayores degradaciones y perversidades. Entre catorce hombres tenía que haber un Judas y le hubo.

Decidido ya Miguel á esperar en la cueva con sus compañeros, algunos de los cuales llevaban allí más de seis meses, el arribo de la nave libertadora, fué á visitar por última vez á su amigo el Dr. Sosa, y trató de persuadirle á que también se fugara. El pobre clérigo estaba lleno de dolores y casi baldado por el reuma adquirido en la humedad de la mazmorra: no se decidió á salir por no malograr con su torpeza de movimientos el buen resultado del albúr. Despidiéronse tiernamente los dos amigos y Miguel se escapó de casa de su amo el 20 de Septiembre de 1577, yendo á refugiarse en la cueva.

Macilentos, enfermos y tristes se hallaban los cristianos en aquel montuno albergue. Algunos de ellos pensaban que, pasado

el verano y próxima la estación de lluvias, les iba á ser difícil sostenerse en semejante asilo. La palabra de Miguel cayó sobre sus contristados corazones como el rocío en las siembras. Con sus pláticas les entretenía, con el ejemplo de Fray Jorge del Olivar, contado elocuentemente, les confortaba. Para ellos, no será ocioso repetirlo, era Miguel un semidivino maestro, paciente, valeroso, agenciador, pródigo, benigno.

A los ocho días de estar con ellos, atalayaron en el mar los palos de una fragata que se mantenía tirando bordadas lejos de la costa. Por la noche, atentísimas las orejas y avizores los ojos, sintieron acercarse el barco á la marina; tal vez divisaron un bulto negro. La desventura quiso que hubiesen salido á pescar, con la luna, unos moros, quienes viendo el cauteloso barco que intentaba atracar en silencio, amigos como son de armar siempre algazara, comenzaron escandaloso griterío. La fragata huyó, pero quizás los pescadores habían avisado, por la esperanza de una propina, á la gente de Azán-bajá.

A la siguiente noche, ardiéndoles de ansiedad el pecho á los cautivos de la cueva, atracó la fragata á la marina: saltaron á tierra prestos, los tripulantes. Ocultos entre las chumberas les aguardaban los soldados de Azán, quienes cayeron sobre ellos, les aseguraron, les aprisionaron á mansalva. Todo esto miraban, más bien presentían los cristianos escondidos en la cueva, y sus almas anegaba el desconsuelo.

Entonces Miguel se retrajo con ellos á lo más hondo de la caverna: les habló, como quien sabe su fin seguro y, recordando las palabras del Maestro, según San Lucas, les dijo:—*Cuando os envié aquí sin bolsa y sin alforja y sin calzado, ¿por ventura os faltó alguna cosa?*—Y ellos dijeron:—*Nada*—y añadieron:—*Aquí tenemos espadas*. Pero Miguel les dijo:—*Basta*. Y se retiró de ellos un poco, así como un tiro de piedra y, quizás de rodillas, quizás sentado en el suelo, mirando á la luna, oró y meditó largo rato y fué su sudor como gotas de sangre, que hasta la tierra corría. En las oliveras lindantes cantaba su canción amorosa el ruiseñor africano.

Cuando Miguel se levantó, halló á los otros amodorrados de

tristeza, y les dijo:—Menester será que estemos todos prontos y que ningún ánimo decaiga. Yo solo—añadió—echaré sobre mí toda la culpa deste negocio, y si alguno ha de perecer sea yo que aquí os traje.

Y hablando así, vino la luz del alborada y pasó un día y á la mañana del siguiente, entraron en el huerto y se asomaron á la cueva hasta treinta hombres, de ellos á pie y de ellos á caballo con lanzas y escopetas y alfanges: mandados iban por un capitán. Acompañábales el Judas que delatara y traicionara á sus amigos, el *Dorador*.

Miguel sólo y sereno se adelantó á los soldados, esperó el beso de Judas, declaró con altas y serenas voces que era él autor de todo aquello y él sólo el culpable. Maniataron á los demás, maniataron á Miguel, despacharon un correo á caballo para que diese á Azán-bajá la noticia. La triste comitiva se puso en marcha. Miguel, en medio de cuatro soldados turcos de la guardia del Rey, vestidos con blancas fustanelas, calzados con rojos borceguíes, armados con ricos mosquetes, marchaba con la cabeza baja, recordando las palabras del Maestro: *Haec est hora vestra et potestas tenebrarum*. Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.